

# EL APERO DEL COMANDANTE

Del libro "Este era un buey..." (Narraciones del campo), por Ismael Bucich Escobar, ilustrado por Hohmann, editor H. A. Tomassi, que aparecerá en breve.

Hacía una hora que el sol brillaba sobre los campos quemados por la larga sequía. Era una de esas mañanas deslumbrantes en que la llanura se multiplica en fantásticas brillazones y el ambiente tonifica el espíritu y el cuerpo.

En el campamento del coronel Avalos todo era bullicio y animación. Fogones encendidos por acá, ruedas de milicos por allá, petreos improvisados para la caballada, y más lejos, algunas cuadras hacia el poniente, la brusca hondonada por donde corrían las tranquilas aguas del arroyo del Fraile.

Aquel ejército de cien plazas que mandaba el coronel Avalos había acampado allí el día anterior al atardecer, durmiendo sin carpas ni frazadas, bajo el amparo de un cielo estrellado. Verdad que la temperatura no era muy exigente, estaban en pleno verano; pero el invierno último también lo habían pasado así, durmiendo a lo gallo, pues la campaña fué cruenta y larga.

Aquel día reinaba en el campamento mayor animación que de costumbre porque un paisano, llegado precipitadamente, había traído una noticia de bulto: el ejército enemigo venía al encuentro de las fuerzas de Avalos, y al mediodía ya lo tendrían frente a frente, del otro lado del arroyo del Fraile.

—¿Cuántos serán? —le había preguntado el coronel.

—Más o menos, lo mismo que nosotros, —contestó el paisano.— ¡Si nos agarramos, coronel, va a estar lindo!

—Y no sabés quién es el jefe?

—El comandante Rosendo, portero, mi coronel. Lo conozco por el ensillao. ¡Viera cómo se viene el comandante Rosendo! Monta en un flete tordillo que parece pintao, y qué apero, mi coronel! De plata las espuelas, de plata los estribos, de plata la cabecera y los bastos, de plata el freno: plata por aquí, plata por allá... parece un rejuelo!

Bajo la impresión de tan deslumbrantes detalles, Avalos comenzó sus preparativos. No era ciertamente con aperos de plata que lo iba a vencer Rosendo, pensaba. Ya se lo demostraría él más tarde. ¡Porteño pícaro! ¡Para qué andará haciendo tanto primor!

Y el severo coronel Avalos, de barba renegrida y mirar sombrío, reunió

a sus cien centauros y les anunció el próximo encuentro.

—Afilen los sables, muchachos, y ajusten bien la cincha a los patrines. La de hoy va'ser dura y es necesario que se porteau.

La proclama de Avalos, lacónica y campesina, dobló el ardor de los milicos que ansiaban pelear cuanto antes. Las conversaciones se hicieron más animadas, con pullas y frases picantes para los contrarios. Carneóse el caballo más inservible de la tropilla, recrudecieron los fogones y el campamento adquirió un aspecto bárbaro.

mancial de aquellas tropas. Eran, más o menos, cien jinetes, a cuyo frente se destacaba la figura del comandante Rosendo. El primero en divisarlo fué el paisano que trajera el parte aquella mañana.

—¡Lo ve, mi coronel? Es aquel toro que le brillan las cabezas... aura le brillan también los estribos... No le dije que parecía un rejuelo?

Aquellos cien lanceros venían al galope dejando a sus espaldas una nube de polvo. Una cuadra antes de llegar al arroyo detuvieron la marcha, y entonces se vió al comandante Rosendo desfilar ante sus fuerzas,

ciencia empezó a cavar en uno y otro lado. Por fin, Avalos dio orden de montar a caballo, y ante esa demostración, Rosendo dio a su vez la orden de vadear el arroyo, que fué cumplida en pocos minutos, y ambas fuerzas galoparon al encuentro.

Fué aquel un choque formidable. No se oía ni una voz de mando, ni un grito; nada más que el ruido de las armas y de los cascos de los caballos. Tal fué el encarnizamiento con que se atacaron que, una hora después, el campo estaba cubierto de cadáveres, y asimismo, los que quedaban en pie aun seguían luchando, abrumados por el cansancio y las heridas.

El sol declinaba ya en aquella tarde de verano y cuenta la tradición, que el comandante Rosendo y sus cien lanceros, y el coronel Avalos y su cien centauros, quedaban tendidos a ambas márgenes del arroyo del Fraile, mientras el gallardo flete blanquecino, con las erines al viento y el bruñido apero sobre el lomo, se alejaba, cortando campos, rumbo a su querencia.

## Cruces y honores

Comentando un periódico italiano la desmedida general afición a los títulos honoríficos y a las condecoraciones (afición que, ciertamente, no es exclusiva de Italia), recuerda una anécdota y una frase poco conocidas.

He aquí la anécdota:

Un día que el rey Víctor Manuel II estaba cazando con algunos de sus chambelanes advirtió que uno de ellos no tenía fósforos para encender el cigarro.

—Yo tengo, toma —le dijo el soberano ofreciéndole su fósforo.

—Mil gracias, señor. ¡Jamás hubiera osado a pedirselo a Vuestra Majestad!

—Habías hecho mal —repuso riendo el rey, —porque precisamente es una de las tres cosas que yo no niego a nadie.

—Se puede saber —se atrevió a preguntar el gentilhombre —cuáles son esas cosas?

—Son —contestó Víctor Manuel —un saludo, un fósforo y una cruz de caballero.

La frase es de Cavour.

Buriándose de la facilidad con que se concedían las erines, solía decir: «Es preciso hacer una ley que declare caballeros a todos los italianos de veinte años para arriba, exceptuando a aquellos que reúnan verdaderos méritos para serlo, a los cuales se les dispensará de usar el título y de ostentar la condecoración».

## Origen del uso del incienso en las ceremonias religiosas

Es difícil precisar si el fundamento del empleo religioso del incienso estuvo en el fragante olor de dicha sustancia o en que desde muy antiguo se creyó en la virtud desinfectante de las especies quemadas.

El incienso desempeñó papel prominente en las ceremonias religiosas de los pueblos antiguos, entre ellos Egipto, Asiria, Babilonia, Persia e India. Los primeros cristianos lo empezaron a usar en las catacumbas de Roma para desinfectar aquellos recintos, que tanto tenían de templo como de necrópolis, pues sabido es que en las catacumbas se daba sepultura a los adeptos del cristianismo durante las persecuciones.

## Necrología



Angela C. viuda de Oderigo, falleció el 12 de mayo de 1923.



—Ese también anda buscando una tumba de Faraón?

A eso de mediodía, el soldado desatado de centinela, se acercó familiarmente al coronel.

—Don Avalos, —le dijo —me ha parecido sentir como si ya vinieran. Por allá lejos, siguiendo la oreja de aquel zaino, se divisa una polvareda; y son ellos seguramente.

Diez minutos más tarde el coronel se convenció. Eran, efectivamente, las tropas de Rosendo que venían en su busca.

Ya vería el porteo por donde lo iba a salir el tiro, pensaba Avalos. Llamó a sus soldados y les dio las órdenes del caso. No había tiempo que perder; así es que ensillaron rápidamente y esperaron al pie de las cabalgaduras la llegada del enemigo que se venía acercando.

Cuando las distancias se estrecharon los sobrios milicos provincianos pudieron ver con claridad el aspecto

montando en su brioso caballo toro.

El sol caía en toda su violencia sobre aquel cuadro heroico, haciendo resverberar ante los soldados de Avalos, el bruñido apero del comandante porteo.

Tanto lujo en el ensillado debía provocar, naturalmente el comentario en las filas adversarias.

—Al primerito que me le viá'puntar va'ser al comandante —dijo uno.

—No hagas eso che —le contestaron —déjamelo pa mí que estoy necesitando un recazo.

—No a'esar. Es un apero de comandante. Se lo hemos de regalar a don Avalos, pa que no tenga nada que envidiar a los portíos.

\* \* \*

Los dos ejércitos permanecieron frente a frente, separados por el arroyo, cerca de media hora. La impa-